

á mi felicidad. Un pesar secreto, un pesar solo la acibara; y no soy feliz. Estas últimas palabras las pronunció con un suspiro que me traspasó el alma, y en el cual bien ví que no tenia yo parte ninguna. ¡No es feliz, dije entre mí, suspirando tambien, y no soy yo quien turba su felicidad!

En un punto trastornó esta idea fatal todas las mias, y turbó el sosiego que á disfrutar empezaba. Impaciente con la insufrible duda en que me habian dejado sus razones, tanto la insté para que acabara de manifestarme su pecho, que en fin vertió en el mio el funesto secreto, y me permitió que se le revelase á Vm..... Pero es hora de paseo. La señora de Wolmar sale ahora del gineceo á pasearse con sus hijos, y me lo envía á decir. Voy allá, Milord, le dejo á Vm. por esta vez, y diferí para otra carta el darle cuenta del asunto interrumpido en esta.

 CARTA 16.^a

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A SU MARIDO.

TE espero el martes, como me dices, y todo lo hallarás dispuesto conforme á tus intenciones. No dejes de verte á tu vuelta con mi prima, que te dirá lo que ha sucedido en tu ausencia; mas quiero que lo sepas por ella que de mi boca.

Wolmar, es cierto que creo ser acreedora á tu estimacion; pero tu conducta no es la que conviene, y disfrutas con rigor de la virtud de tu muger.

 CARTA 17.^a

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

QUIERO dar cuenta á Vm., Milord, de un peligro que hemos corrido estos dias pasados, y de que por fortuna hemos salido á costa del susto y algo de fatiga. Esto merece una carta

á parte; cuando la lea Vm. verá lo que á escribirsela me obliga.

Ya sabe Vm. que no está léjos del lago la casa de la señora de Wolmar, y que le gustan los paseos por agua. Tres dias ha que la desocupacion que le permite la ausencia de su marido, y la serenidad de la noche nos sugitieron la idea de uno de estos paseos para el otro dia. Al salir de sol nos fuimos á orillas del lago, tomamos un barco con redes para pescar, tres remeros y un criado, y nos embarcamos con algunos bastimentos para comer. Yo habia cogido una escopeta para tirar golondrinas, pero me afeó el matar páxaros sin provecho, y por solo el gusto de hacer mal. Divertíame pues en tirar de tiempo en tiempo patos silbones, chorlitos, y solo pude tirar desde muy léjos un colimbo y erré el tiro.

Pasamos una ó dos horas pescando á quinientos pasos de la ribera. La pesca fué buena, pero excepto una trucha que habia recibido un trancazo con el remo, hizo Julia tirar al agua todo lo que se pescó. Son animalitos que padecen, dijo, démosles la libertad, y gocemos del gusto que tendrán ellos en verse fuera de peligro. Ejecutose despacio esta operacion, de

mala gana, y no sin algunas representaciones, y facilmente eché de ver que mas gusto hubieran tenido los que con nosotros iban en comerse el pescado que en oír la moral que le libraba la vida.

Metímonos despues mas adentro del lago, y yo con la viveza de un mozo de que sería ya tiempo que me enmendase, me puse á bogar, y de tal modo me encaminé hácia la mitad del lago que en breve nos encontramos á mas de una legua de la orilla (1). Aquí explicaba á Julia todas las partes del soberbio horizonte que nos cercaba. Desde léjos le enseñaba las bocas del Ródano, cuyo impetuoso curso se amansa á distancia de un cuarto de luega, como si con sus cenagosas ondas temiera amancillar el azulado cristal del lago. Le hacia contemplar los ángulos entrantes y salientes de las montañas, que correspondientes y paralelos forman en el espacio que los separa un cauce digno del rio que le ocupa. Desviada de nuestra costa me complacia en que mirase maravillada las ricas y encantadoras riberas del pais de Vaud, donde

(1) ¿ Como puede ser esto? En frente de Clarens tiene el lago mucho mas de dos leguas de ancho.

la muchedumbre de ciudades, el innumerable gentío, las verdes y en todas partes pomposas colinas formaban la mas atractiva pintura, donde en todas partes cultivada, y en todas fecunda la tierra ofrece al labrador, al pastor, al viñador el fruto seguro de sus afanes, que no devora el codicioso publicano. Enseñándole luego el Chablais en la costa opuesta, pais no ménos favorecido de la naturaleza, y que en todas partes solo un espectáculo de miseria presenta, le hacia palpablemente distinguir los efectos de ambos gobiernos en la riqueza, el número y la felicidad de los hombres. Así, le decia, abre su fertil seno la tierra, pródiga de sus tesoros con los venturosos pueblos que para sí propios la cultivan; parece que se alegra y se anima con el grato espectáculo de la libertad, y que se complace en alimentar hombres. Por el contrario los tristes paredones, los matorrales y los abrojos que una tierra casi yerma cubren, desde léjos indican que domina en ella un amo ausente, y que mal de su grado franquea á sus esclavos algunas mezquinas producciones que ellos no aprovechan.

Miéntas que agradablemente nos divertiamos en recorrer con la vista las vecinas costas, un

viento de tierra que de sesgo nos empujaba hácia la orilla opuesta se levantó, y arreció mucho, y cuando empezamos á revirar, era tan fuerte la resistencia que no fué posible á nuestro frágil barquichuelo vencerla. En breve las olas fueron tremendas, y fué menester divirginos á la ribera de Saboya, y procurar aportar al lugar de Meillerie que estaba fronterizo á nosotros, y que casi es el único parage de esta costa donde presenta la arena un desembarcadero cómodo. Pero el viento que habia mudado tomaba fuerza, inutilizaba los esfuerzos de nuestros barqueros, y nos hacia derivar mas abajo, costeano una larga fila de escarpados penazcos donde no se encuentra refugio.

Todos nos pusimos á remar, y casi en aquel instante tuve el sentimiento de ver á Julia acometida de un mareo, débil y tomada de un desmayo á bordo del barco. Por fortuna que está echa al agua, y no fué duradero este estado. Entre tanto crecian nuestros esfuerzos con el peligro; el sol, la fatiga y el sudor nos tenian á todos faltos de respiracion, y exhaustos de fuerza; entónces recobrando todo su ánimo alentaba Julia el nuestro con sus compasivos halagos, y echando en un vaso vino aguado,

con temor de que nos embriagásemos, daba de beber alternativamente á los mas cansados. No, nunca brilló su adorable amiga de Vm. con tan vivo esplendor como en este punto que el calor y la agitacion habian realzado con mas fuego sus rosadas megillas; y lo que mas aumentaba sus hechizos era que se echaba de ver en su enternecido ademan, que mas procedian sus cuidados de compasion de nosotros que de temor por su vida. Solo un instante habiéndose entreabierto dos tablas en un encuentro que nos llenó á todos de agua, creyó que se habia roto el barco, y en una exclamacion de esta tierna madre oí distintamente estas palabras: ¡hijos míos, no es he de volver á ver! Yo cuya imaginacion siempre me abulta el mal, aunque conocia de cierto cual era el peligro, creí de un instante á otro ver sumergido el barco, y esta beldad tan adorable agitarse en mitad de las olas; y marchitas con la amarillez de la muerte las rosas de su rostro.

Finalmente á fuerza de remos subimos á Meillerie, y despues de haber lidiado por espacio de mas de una hora á diez pasos de la orilla, logramos saltar en tierra, y al instante se olvidaron todas nuestras fatigas. Julia se

encargó de agradecer todas las faenas que cada uno habia desempeñado, y como en lo mas inminente del riesgo solo en nosotros habia pensado, cuando estuvimos en tierra le parecia que era la única que habiamos libertado.

Comimos con las ganas que en un violento trabajo se hacen. Aderezóse la trucha, y Julia que es muy aficionada comió muy poco de ella, y conocí que para quitar á los barqueros el sentimiento de su sacrificio deseaba que no comiese yo mucho. Milord, mil veces lo ha dicho Vm., en las cosas grandes como en las menudas siempre se pinta su afectuosa alma.

Despues de comer siguiendo alborotado el lago, y siendo necesario componer el barco, propuse que diéramos un paseo. Julia me opuso la ventisca, el sol, y queria que descansara; yo que tenia mi plan no me rendí á sus razones. Estoy, le dije, acostumbrado desde niño á ejercicios penosos; que léjos de ser perniciosos á mi salud, la fortifican, y mi postre viage ha aumentado todavía mi robustez. Para resguardarse del viento y del sol lleva Vm. su sombrero de paja, iremos por bosques y sitios abrigados; basta para esto con trepar algunos peñascos, y Vm. que no gusta de llanuras no se incomodará

con la fatiga. Hizo lo que yo queria, y nos fuimos miéntras comia la familia.

Vm. sabe que despues de mi destierro del Valais, volví diez años hace á Meillerie á aguardar el permiso de volverla á ver. Allí pasé tan tristes y tan deliciosos dias pensando únicamente en ella, y de allí fué de donde le escribí una carta que tanta impresion hizo en su corazon. Siempre habia deseado volver á visitar el aislado retiro que me sirvió de albergue en mitad de la escarcha, y donde se deleitaba mi corazon en conversar conmigo mismo de lo que mas en el mundo quiso. El motivo secreto de mi paseo fué visitar este sitio tan amado en estacion mas grata, y con aquella cuya imágen moraba entonces conmigo, complaciéndome de antemano en mostrarle antiguos monumentos de tan constante y desdichada pasion.

Llegamos allá despues de una hora de camino por amenos y tortuosos senderos que subiendo insensiblemente por entre los árboles y las rocas no ofrecian otra incomodidad que lo largo del camino. Al acercarme y reconocer mis antiguos vestigios estuve á pique de desmayarme; pero me vinci, oculté mi turbacion, y llegamos. Este sitio solitario formaba un silvestre y

desierto retiro, pero lleno de aquella especie de hermosuras que solo á las almas sensibles agradan, y que á las demas parecen horribles. Un torrente que formaban las derretidas nieves despeñaba á veinte pasos de nosotros sus cenagosas ondas; y con estrépito, limo, piedras y arenas arrastraba. Detras una cadena de inaccesibles rocas separaba la esplanada en que estábamos de aquella parte de los Alpes que ventisqueros son llamados, donde montañas enormes de escarchas que sin cesar aumentan los cubren desde el principio del mundo (1). Dábannos á la derecha su triste sombra selvas de negros pinabetes; á la izquierda, mas allá del arroyo habia un vasto bosque de alcornoques, y debajo nuestras plantas la inmensa llanada de agua que en el seno de los Alpes forma el lago nos separaba de las ricas costas del pais de Vaud, coronando este cuadro la majestuosa cima del Jura.

(1) Son tan altas estas montañas que media hora despues de puesto el sol todavía sus rayos alumbran las cimas, y el encarnado de su luz que da en estas cumbres blancas con las nieves forma un hermoso color de rosa, que se ve á mucha distancia.

En medio de estos soberbios y magníficos objetos, el corto terreno en que nos hallábamos se engalanaba con los arcos de una riente y campestre morada; filtrábanse por entre las rocas algunos arroyuelos, y por la verde hierba en cintas de cristal se deslizaban; inclinaban sus cabezas sobre las nuestras algunos frutales silvestres, y húmeda y fresca la tierra estaba de hierba y flores cubierta. Comparando tan serena mansion con los objetos que en torno se veían, parecía destinado este yermo sitio para asilo de dos amantes, que solos se hubiesen libertado de la universal ruina de la naturaleza.

Cuando hubimos llegado á este retiro, y le hube yo contemplando un rato: ¿Qué, dije, mirando con ojos bañados en llanto á Julia, nada le dice á Vm. aquí su corazón, ni siente alguna secreta emoción, contemplando un sitio que de Vm. está tan lleno? Entónces sin aguardar á que respondiese la conduje á la roca, y le enseñé grabada en mil parages su cifra, y muchos versos del Petrarca y el Taso que á la situación en que yo me hallaba entónces se referían. Al verlos otra vez yo mismo despues de pasado tanto tiempo, experimenté

con cuanta fuerza puede la presencia de los objetos avivar los violentos afectos que cerca de ellos nos agitaron. Dijele con alguna vehemencia: ¡ó Julia, eterno encanto de mi corazón! ves aquí los lugares donde otro tiempo el amante mas fiel del mundo por ti suspiraba; ves aquí la mansion donde tu imágen hacia su felicidad y preparaba aquella con que al fin le remuneraste tú propia. No se veían entónces ni estas sombras, ni estas frutas; no eran alfombra de la tierra estas flores, no formaban sus divisiones el curso de estos arroyuelos, ni gorgeaban estos páxaros sus cantos; el alcon voraz, el cuervo funeral, y la tremenda águila de los Alpes hacían solos resonar en estas cavernas sus gritos; inmensas escarchas de todos estos peñascos pendían; flecos de blanca nieve eran el único arco de estos árboles; todo aquí los rigores del hibierno y el horror de los yecos respiraba, solo los fuegos de mi corazón me hacían tolerable este sitio, y en él se iban pensando en tí los dias enteros. Mira la piedra donde para contemplar desde lejos tu feliz morada me sentaba; encima de esta se escribió la carta que ablandó tu pecho; estos tajantes pedernales de buril para grabar tu cifra me

servian; aquí atravesé el torrente helado en cobro de una carta tuya, que un remolino me arrebató; allí fui á repasar y á besar mil veces la postrera que me escribiste; mira la orilla del precipicio de donde con ansiosos y desesperados ojos la profundidad de estas simas contemplaba; en fin aquí fué donde ántes de mi triste partida vine á llorarle moribunda, y juré no sobrevivirte. ¡Niña con tanta constancia amada, ó tú para quien fui yo nacido, he de hallarme contigo en los mismos lugares, y anhelar en balde por aquel tiempo que pasaba llorando en ellos tu ausencia!.... Iba á seguir; pero Julia que viendo que á la orilla de la sima me acercaba, se habia asustado, y me habia cogido de la mano, la apretó sin hablar palabra, y comprimiendo un mal ahogado sollozo, apartando luego apresia la vista, y tirándome por el brazo: vámonos, amigo mio, me dijo con voz trémula, el ayre de este sitio no es sano para mí. Fuíme gimiendo con ella, pero sin darle respuesta, y dejé para siempre esta triste soledad como á Julia misma la hubiera dejado.

Habiendo vuelto con lentos pasos al puerto dando algunos rodeos, nos separamos. Quiso

ella quedarse sola, y yo seguí paseándome, sin saber adonde iba. Cuando volví no estaba aun listo el barco, ni sosegada el agua, cenamos con tristeza, bajos los ojos, meditabundo el semblante; comimos poco y hablamos ménos. Despues de cenar fuimos á sentarnos en la arena, aguardando el instante de partirnos. Poco á poco se despejó la luna, se sosegó el agua, y me propuso Julia que nos embarcásemos. Le di la mano para entrar en el barco, y sentándome á su lado seguí teniéndola asido de la mia. Observamos ámbos un profundo silencio, y me convidaba á la meditacion el ruido igual y á compas de los remos. El alegre canto de las gallinetas (1), que me traia á la memoria deleytes de mi pasada edad, en vez de divertirme me entristecia. Poco á poco sentia crecer la melancolía que me abrumaba. La serenidad del cielo, la frescura del ayre, la suave claridad de la luna, el argentado tre-

(1) La gallineta del lago de Ginebra no es la que comunmente llaman así. Su canto es mas vivo y mas animado, y las noches de verano da al lago un viso de vida y frescura, que hace todavía mas deliciosas sus riberas.

molar de las ondas que en torno de nosotros brillaban, el concurso de las mas gratas sensaciones, y hasta la presencia del objeto amado, nada pudo apartar de mi corazon mil dolorosas reflexiones.

Empecé acordándome de un paseo semejante que dí en otro tiempo con ella miéntras el embeleso de nuestros primeros amores. Retratáronse en mi alma para affigirla todos los deliciosos afectos que la llenaban entónces; todos los sucesos de nuestra mocedad, nuestros estudios, nuestras conversaciones, nuestras cartas, nuestras secretas citas, nuestros gustos,

Y tanta fe, y memorias tan suaves,
Y tan luenga costumbre.

Una muchedumbre de objetos de poca entidad, que me ponian delante la imágen de mi pasada dicha; todo se ofrecia á mi memoria para aumentar mi presente miseria, pintándome la pasada felicidad. Se acabó, decia dentro de mí; aquellos tiempos, aquellos felices tiempos ya no son; para siempre huyeron; ¡Ay, que nunca volverán, y estamos juntos, y para siempre están unidos nuestros corazones! Me

parecia que con mas resignacion hubiera sufrido la muerte, ó su ausencia, y que habia padecido ménos el tiempo que léjos de ella habia vivido. Cuando á tanta distancia gemia, la esperanza de volverla á ver aliviaba mi pecho; me lisongeaba con que todas mis penas las borraría un instante que en su presencia estuviese; contemplaba á lo ménos en la esfera de las cosas posibles un estado ménos acerbo que el mio; pero encontrarse á su lado; pero verla, tocarla, hablarla, amarla, adorarla, y casi, casi poseyéndola reconocer que para siempre la he perdido; esto me precipitaba en accidentes de ira y rabia que por grados me condujeron al último ápice de desesperacion. En breve empezaron á embatir en mi alma funestos proyectos, y en un desvario tal que pensando en él me estremezco, me acometió una violenta tentacion de despañarla conmigo en las olas, y dar fin en sus brazos á mi vida y á mis dilatados tormentos. Tan fuerte llegó al fin á ser esta horrenda tentacion que me vi obligado á soltar á toda priesa á su mano é irme al otro extremo del barco.

Allí empezaron á tomar otro giro mis vehementes agitaciones; poco á poco fue insinuán-

dose en mi alma un afecto mas sereno; pudo mas la ternura que la desesperacion; sali6 de mis ojos un diluvio de lágrimas, y comparado este estado con aquel de que acababa de salir no dejaba de causarme contento. Lloré abundantemente largo rato, y me senti aliviado. Cuando me hube serenado volvi al lado de Julia, y le cogi otra vez la mano. Tenia en ella su pañuelo, y le senti todo mojado. ¡Ha, le dije en voz baja, bien veo que nunca han dejado de entenderse nuestros corazones! Verdad es, me respondi6 en alterada voz, pero sea esta la vez postrera que en este tono se expliquen. Volvimos ent6nces á entablar una sosegada conversacion, y habi6ndose navegado cosa de una hora llegamos sin otro azar. Cuando estuvimos en casa distinguí á la luz que traía Julia encarnados y muy hinchados los ojos, y los míos no hubo de encontrarlos ella en mejor estado. Despues de las fatigas de todo el dia tenia mucha necesidad de descansar; se retir6 y yo me fui á acostar.

Esta es, amigo mio, la historia circunstanciada del dia de mi vida, en que, sin exceptuar ninguno, he sentido las mas violentas emociones. Espero que hayan sido la crisis

que me vuelva enteramente en mí. En cuanto á lo demas diré á Vm. que esta aventura me ha convencido, mejor que todos los argumentos, de la libertad del hombre y el mérito de la virtud. ¡Cuántas personas son flacamente tentadas, y se rinden! En cuanto á Julia (mis ojos lo vieron y lo sintió mi corazón) sustentó aquel dia la mas fiera lid que sustentó jamas humano pecho, y sin embargo sali6 con victoria. Pero, ¿que he hecho yo para desviarme de ella? ¿O Eduardo, cuando seducido por tu dama, supiste triunfar de consuno de tus deseos y los suyos, no eras de superior naturaleza que la humana? Sin tí acaso era yo perdido. Cien veces en este dia de peligros la memoria de tu virtud me restituyó la mia.

INDICE

DE LAS CARTAS Y MATERIAS

CONTENIDAS

EN EL TOMO TERCERO.

CUARTA PARTE.

- CARTA PRIMERA, de la señora de Wolmar á la señora de Orbe, Pág. 1
Insta á su prima á que se vaya á vivir con ella, y por que motivos desea que se establezca en su casa ella y su familia.
- CARTA 2, Respuesta, 15
Proyecto de la señora de Orbe, que ha envinado, de unir un día con su hija el hijo mayor de la señora de Wolmar. Le ofrece á esta y participa ella de la dulce esperanza de una entera reunion.
- CARTA 3, del amante de Julia á la señora de Orbe, 28
Le participa su vuelta, le da una ligera idea de su viage, le pide licencia para verla, y le pinta los afectos que siente su corazon con respecto á la señora de Wolmar.

INDICE.

249

CARTA 4, del señor de Wolmar al amante de Julia, Pág. 37

Le dice que su muger le acaba de confesar sus pasados errores, y le brinda con su casa. Convite de Julia.

CARTA 5, de la señora de Orbe al amante de Julia, 38

(En esta iba inclusa la anterior).

Reune la señora de Orbe sus ruegos, para que venga, con los del señor y la señora de Wolmar, y quiere que el nombre de San Preux, que ántes habia dado al amante de Julia delante de sus criados, sea el que le den en su sociedad.

CARTA 6, de San Preux á milord Eduardo, 40

Recibimiento de San Preux por el señor y la señora de Wolmar. Varios movimientos que agitan su corazon. Resolucion que toma de no faltar nunca á su obligacion.

CARTA 7, de la señora de Wolmar á la señora de Orbe, 56

La instruye del estado de su corazon, de la conducta de San Preux, de la buena opinion que de su huésped ha formado el señor de Wolmar, y su entera confianza en la virtud de su muger, cuyas cartas no quiere leer.

- CARTA 8, Respuesta, Pág. 66
Le representa el riesgo que podría haber en que su marido fuera su confidente, exige de ella que le envíe San Preux por unos días.
- CARTA 9, de la señora de Orbe á la señora de Wolmar, 74
Le vuelve á enviar San Preux, cuyos modales alaba, y de aquí toma pie para criticar la cortesía afectada de Paris. Regalo que hace á su prima de su hijo.
- CARTA 10, de San Preux á milord Eduardo, 85
Le da cuenta de la prudente economía que en casa del señor de Wolmar con los criados y jornaleros reyna, lo cual da motivo á varias reflexiones y observaciones críticas.
- CARTA 11, de San Preux á milord Eduardo, 145
Descripcion de una soledad amena, obra mas de la naturaleza que del arte, donde van á recrearse con sus hijos el señor y la señora de Wolmar; lo cual da motivo á algunas reflexiones criticas sobre el lujo, y extravagante gusto que en los jardines de los ricos reynan. Idea de los jardines de la China. Entusiasmo ridiculo de los apasionados á flores. La pasion de San Preux á la señora de Wolmar se convierte de repente en admiracion á sus virtudes.

- CARTA 12, de la señora de Wolmar á la señora de Orbe, Pág. 181
Carácter del señor de Wolmar que ya ántes de su casamiento sabia cuanto entre su muger y San Preux habia sucedido. Nuevas pruebas de su entera confianza en la virtud de ámbos. El señor de Wolmar se debe ausentar por algun tiempo, y pide su muger consejo á su prima para saber si ha de exigir ó no que acompañe San Preux á su marido.
- CARTA 13, Respuesta, 202
Disipa los temores de su prima acerca de San Preux, y le dice que tome contra este filósofo todas las precauciones superfluas que en otro tiempo le hubieran sido tan indispensables.
- CARTA 14, del señor de Wolmar á la señora de Orbe, 216
Le da cuenta de su viage, y le participa su proyecto de fiar la educacion de sus hijos de San Preux, proyecto que explica la singularidad de su conducta con su muger y su antiguo amante. Informa á su prima de los descubrimientos que de sus verdaderos afectos ha hecho, y de los motivos de la prueba que con su ausencia de ámbos hace.
- CARTA 15, de San Preux á milord Eduardo, 227
Afliccion de la señora de Wolmar. Funesto secreto

que revela esta á San Preux, que por entonces no puede él participar á su amigo.

CARTA 16, de la señora de Wolmar á su marido, Pág. 251

Se queja de que disfruta con crueldad de la virtud de su muger.

CARTA 17, de San Preux á milord Eduardo, *Ibid.*

Riesgo que en el lago de Ginebra corren la señora de Wolmar y San Preux. Consiguen aportar á tierra. Despues de comer lleva San Preux á la señora de Wolmar á las breñas de Meillerie, donde se entregaba á sus meditaciones en su cara Julia. Sus rebatos contemplando los antiguos monumentos de su pasion. Acertada y prudente conducta de la señora de Wolmar. Vuelven á embarcarse para volverse á Clarens. Horrible tentacion de San Preux y tormenta interior en el alma de su amiga.

FIN DEL INDICE.



